

Capítulo dos: Los condenados

«Y serán siete los caminos contruidos para escapar; solo uno podrá ser elegido, el resto nunca habrá existido».

Tomo 6, página 142 de las *Profecías livijel*.

Las seis bronceínas campanas tubulares de la ciudad de Cehalium tañían con especial fuerza. La repetitiva melodía anunciaba el comienzo del esperado día de La Llave de Hielo. Como con cada primer sol del invierno, sus habitantes se engalanaban con ostentosos trajes para celebrar el macabro evento. Aquel año, los presos que iban a ser expuestos en la terraza eran más desconocidos que en anteriores ocasiones. Sin embargo, ese vacío lo equilibraba la reputación que arrastraban debido a los atroces actos por los que habían sido acusados y condenados.

La ciudad de Cehalium, también conocida como fortaleza-mazmorra, era famosa por tener bajo el subsuelo la mayor mazmorra de Arnemuq. Dividida en tres niveles con estructura en forma de pirámide invertida, encerraba entre sus sólidos muros delincuentes a los que se había decidido no ajusticiar con una muerte rápida. Cierta era que existían diferencias significativas entre los presos en función del nivel en el que se encontraran encerrados.

El más amplio y cercano a la superficie, conocido como Redención, retenía tras sus rejas a aquellos que habían cometido delitos de cierta gravedad, pero a los que se les atribuía un alto grado de reinserción en la sociedad arnemuquense. Al menos, se empleaba este argumento como versión oficial. En realidad, este nivel se trataba de un rentable negocio, la mayor fuente de ingresos para la ciudad de Cehalium. Era práctica habitual intimidar al reo para que cediera a las exigencias del captor, quien había forzado la detención a cambio de una generosa donación a la fortaleza-mazmorra. También se empleaban los chantajes a sus aliados y extorsiones a familiares. Incluso, se rumoreaba que muchos individuos amenazados de muerte pagaban cuantiosas fortunas para ser encerrados de forma voluntaria y disfrutar de la seguridad

que ofrecía esta colosal mazmorra. Redención no era un lugar especialmente duro para los reos ubicados en este nivel. Dependiendo de la zona, incluso gozaban de ciertas comodidades, como una bulliciosa taberna o un salón de juegos que incluía algunas modalidades prohibidas más allá de los muros de Cehalium.

Al segundo nivel se le denominaba El Jinete. El nombre hacía referencia a una antigua leyenda basada en la existencia de un misterioso ser que visitaba a aquellos que iban a fallecer por causas no naturales. Según se decía, el jinete mantendría una breve conversación con el moribundo para sentenciarlo o determinar una prórroga de vida. En el primer caso, el jinete acompañaría en su tenebroso caballo de alas de murciélago al condenado para apoderarse de su alma. La metáfora estaba bastante bien conseguida, dado que los presos encerrados en este nivel eran juzgados para determinar si debían ser liberados o ajusticiados con la muerte tras pasar entre rejas el tiempo dictaminado por los jueces de Cehalium. Sus inquilinos, individuos peligrosos que, bien por un episodio de enajenación o bien por un acto deliberado, habían ejecutado alguna acción que incluía el derrame de sangre inocente.

Finalmente, y con solo diez lúgubres celdas, se encontraba el más peligroso de los tres niveles. Se le conocía como Khelek, en alusión al territorio más al norte de Arnemuq. Un entorno helado, sin vida conocida y donde aquellos que habían intentado adentrarse en él no se les había vuelto a ver. Estas celdas solo albergaban presos considerados una amenaza para la sociedad, bien por los salvajes actos que hubieran cometido o por el potencial peligro que representaban para la seguridad del resto.

Si bien en Arnemuq se tenía claro que Redención era una pantomima de mazmorra y que en El Jinete se mezclaban reos de diferentes grados de peligrosidad, se sabía que, cualquier preso encerrado en Khelek, ni se debía a una maquiavélica trama política, ni a un asunto de venganza personal. Se trataba de personas extremadamente peligrosas y merecían ser encerradas en lo más profundo de Cehalium.

El día de La Llave de Hielo se celebraba una antigua tradición de la que se desconocía el origen, aunque había múltiples teorías. Quizás la más extendida y reconocida contaba que, en tiempos de hambruna, con la llegada del invierno, se abrían las celdas de Khelek para acabar con las vidas de estos presos y tener menos bocas que alimentar. Esta versión apuntaba que se llegaba a practicar el canibalismo con los cuerpos de los condenados.

De lo que sí se tenía constancia que sucedía cada año era cómo se sacaba a los presos de Khelek a la superficie y se ofrecía a cualquier persona la posibilidad de comprar su libertad a cambio de una moneda kurkiana, el metal más extraño y valioso que existía en Arnemuq. Los más ancianos cuentan que solo debía de haber en torno a una docena de aquellas monedas repartidas por el planeta. En realidad, este ofrecimiento era considerado un absurdo formalismo; nadie en su sano juicio cambiaría un tesoro tanpreciado por la libertad de un preso tan peligroso. Tan solo existían referencias de un caso en el que un excéntrico noble pagó la liberación de un mercenario sin escrúpulos, quien, a los pocos días se lo agradeció quemándole su ostentoso palacio, asesinando a su familia y dejándolo malherido y tullido, abandonado en un infecto pantano. Una siniestra historia que sirvió de lección.

Cada día de la Llave de Hielo, uno de los presos sería ajusticiado arrojándolo desde una torre de treinta metros de altura. Su destino sería un acantilado de afilados riscos junto al embravecido mar de Sanbian. El elegido sería seleccionado a mano alzada por el pueblo que se congregara en la gran plaza. En caso de empate o duda sobre la legitimidad de la votación, sería ejecutado el que más tiempo llevara encerrado en Khelek. Pese a estas normas, los reos sabían que no habría juicio ni futuro para los encerrados en este tenebroso nivel.

Uno de ellos era el campesino Támilos; sabía que no era el único que había entrado en Khelek ese mismo año. Hacía cuatro noches pudo escuchar una conversación entre dos carceleros que, emocionados, comentaban que era la primera vez, desde que se tenía constancia, en la que los presos del nivel eran nuevos en su totalidad. El día de la Llave de Hielo del año anterior, aparte del elegido para ser ajusticiado vía acantilado, otros dos presos se asesinaron mutuamente de regreso a las celdas, otros cuatro murieron semanas después presa de la misma enfermedad, el octavo fue envenenado, sin aún haberse descubierto al culpable, y los dos últimos se suicidaron ante la parsimonia de los vigilantes.

Con solo cinco incorporaciones en el último año, no sabía si él habría sido el primero en llegar. Támilos era conocedor de que el más veterano, aunque lo fuera por un mísero día de diferencia, tendría más probabilidades de morir aquel año según dictaba la tradición. En el fondo, poco importaba aguantar más o menos años encerrado en aquella prisión; suponía alargar una agonizante vida sin esperanza. Esta era la depresiva reflexión de Támilos, quien no dejaba de pensar en lo injusto que era el destino con él. Se tenía como la primera persona de buen corazón que había sido encerrada en Khelek. Como era lógico, nadie lo consideraba

inocente después de detenerlo tras una sangrienta carnicería en la que yacían, masacrados, cuatro hombres, una mujer, un muchacho adolescente, dos caballos, uno de ellos decapitado, y lo más impactante: un recién nacido.

El aspecto de Támilos, que no debía alcanzar la treintena, no le delataba ni mucho menos como alguien perverso. Era un fornido y grueso campesino de cabello castaño cortado a tazón, con la cara redondeada, piel blanquecina y mejillas sonrosadas. Con esta apariencia de pueblerino bonachón, nadie diría otra cosa de él más que jamás habría matado una mosca. Sus pequeños ojos marrones, hundidos bajo sus prominentes cejas, se humedecían tristes al recordar el día en que lo apresaron. Entre sollozos, no negó su delito y, desesperado, clamó al cielo suplicando una explicación ante tal sanguinario desenlace. Si no fue ajusticiado en el acto, fue debido al temor de los guardias que lo encontraron. Un escalofrío recorrió sus cuerpos al pensar que podrían correr la misma suerte que los desmembrados cadáveres que yacían esparcidos entre un carromato y el camino. Támilos se había entregado sin oponer resistencia y rogó por que le encerraran en Cehalium. Los guardias lo hallaron arrodillado junto a su arma, una inmensa hacha de talar, mientras rezaba con las manos bañadas en sangre y heridas en carne viva en cada uno de sus nudillos.

Habían pasado varios meses desde entonces; Támilos había perdido la cuenta al no poder ver la luz del sol encerrado en su celda. Desconsolado, miraba sus puños, marcados de por vida con profundas cicatrices, que se habían convertido en una insoportable carga. Era el culpable de tan atroz acto, pero no podía revelar el motivo o lo quemarían vivo al instante. Su secreto se iría con él a la tumba.

El sonido de unas llaves entrechocando entre sí y del cerrojo, abierto con brusquedad, sacó a Támilos de sus oscuros recuerdos. La puerta se abrió de forma estridente, como si las sólidas bisagras se quejaran con amargos gritos al ser despertadas de un profundo letargo. De forma abrupta, accedieron a la reducida sala dos temerosos guardias que portaban toscas lanzas. En el marco de la puerta, esperaba un tercero que apuntaba tembloroso hacia Támilos con una ballesta. El desconsolado preso no sentía miedo ni ira; estaba tranquilo, aunque triste y resignado. Se levantó con cierta dificultad mientras sus rodillas crujían por la inactividad y abandonó la celda escoltado por el trío de guardias que, con tiento, lo guiaron a través de sinuosos pasillos de fría piedra. Tras un incómodo silencio, solo roto por el sonido de las armaduras y las irregulares goteras, el grupo accedió a una estancia circular iluminada por velas que titilaban sobre viejos candelabros de forja. En el centro de esta se alzaba una larguísima escalera de caracol que ascendía hasta la superficie. A sus pies lo esperaba con actitud desafiante un carcelero famélico con la cara picada. Juguetaba de forma violenta con unos grilletes que ansiaba poner al preso. Con la habilidad propia de alguien que lleva realizando esta tarea desde hacía lustros, encadenó y aseguró los cierres con suma celeridad y una contundencia férrea. Acto seguido, miró a los ojos de Támilos y, con un tono cargado de odio, le susurró:

—No albergues esperanza, asesino. Si no es hoy, ten por seguro que, tarde o temprano, será entre estos muros donde llegará tu final.

Hizo una pausa para observarle de pies a cabeza y continuó, elevando el volumen de su amenazante voz:

—Ha pasado gente cruel y desalmada por aquí, pero ninguno tan cobarde como para acabar con la vida de un recién nacido.

El carcelero escupió a la cara de Támilos, quien bajó la cabeza y dolido, más por las palabras que por la humillación, apostilló de manera casi imperceptible:

—Cambiaría mi vida por la de mis víctimas si fuera posible.

Empujado de manera tímida con las lanzas, Támilos inició la ascensión por la empinada escalera. Mientras subía con lentitud, aún pudo escuchar las palabras de quien parecía ser otro preso de Khelek, que provenían de la sala que acababa de abandonar. Se trataba de una compañera de destino que había estado observando la escena sin que Támilos se percatara de su presencia. Escoltada por tres guardias fue llevada hasta el mismo carcelero, a quien se dirigió con voz firme y un extraño acento:

—Si vas decir sandez o escupirme, hazlo antes de cadenas.

El campesino cada vez se encontraba más lejos, aunque pudo escuchar la respuesta del carcelero. Cambiando de registro, sereno, replicó:

—Tu caso es diferente, extranjera, incluso podría a llegar a entender tus motivos, aunque no los comparta. Si por mí fuera, no te tendría aquí encerrada. Tu presencia nos pone en peligro...

Tras atravesar varias rejas cerradas con llave que hacían de la escalera de caracol una especie de serpiente anillada, Támilos quedó cegado por el sol, que brillaba con fuerza. Hacía demasiado tiempo que sus ojos no contemplaban la luz natural. Podía oír a la encendida multitud gritando de manera ensordecedora con una amplia diversidad de insultos y amenazas. Sus rodillas cedieron y cayó, torpe, trastabillándose con las cadenas; al instante sintió cómo las puntas de lanza empezaron a pincharle de forma

amenazadora mientras los guardias le ordenaban entre alaridos que se levantara. En la cabeza del campesino, producto de su imaginación y de vívidos recuerdos, comenzó a resonar el llanto de un bebé; ese dolor era más intenso que la punta de cualquier lanza. Se sentía como una miserable rata de cloaca, y empezaba a pensar que merecía el funesto destino reclamado por los ciudadanos de Cehalium. Támilos volvió a ser consciente de la realidad cuando se percató de que no era el primer preso de Khelek en llegar a la superficie.

Al entornar los ojos, pudo discernir la silueta de un individuo también encadenado, más alto que el resto de los presentes, de estilizada figura y delgada constitución. El preso, de piel curtida por el sol, se giró hacia Támilos mirándolo con unos intensos ojos negros. Esbozó una irónica sonrisa y, con evidentes indicios de ebriedad, azuzó al campesino:

—¡Venga, cerdito sonrosado, levanta, que va a empezar la función y el público parece que te tiene especial cariño!

El espigado reo sintió cierto alivio y forzó una carcajada dejando entrever su negruzca dentadura para, a continuación, dirigirse al gentío:

—¡Aquí está vuestro favorito, nobles gentes de Cehalium! —gritó mientras señalaba al aún yaciente Támilos.

El más veterano de los guardias empujó por la espalda al preso de mariner aspecto y revuelto pelo azabache.

—¡Calla, bastardo!

Este, sorprendido por el impacto, cayó de rodillas y suplicó burlón:

—¡Por favor, no peguéis más al pobre Markus...! No sea que, cuando me arrojen por el acantilado, esté tan dolorido que no pueda hacer mi mejor salto del ángel.

El guardia replicó hostil:

—Iluso, ¿acaso crees que tienes la más mínima posibilidad de salvarte lanzándote al vacío? Suponiendo que llegaras al agua, la profundidad es mínima.

En ese momento entró en escena un nuevo preso desde la ofídica escalera. Se trataba de la mujer a quien Támilos había escuchado hacía unos instantes. Ni demasiado alta, ni demasiado bella, de ojos rasgados y piel amarillenta. Apuntilló de manera sutil con su peculiar acento:

—Ese es deseo real de marinero, ser primero en morir. Librarse de castigo. No podrá soportar encierro. No caigáis en pueril trampa.

El aludido escupió al suelo mascullando entre dientes:

—Te equivocas, ¡hija de mil sapos!, todo parece indicar que el pueblo clamará por la sangre del cerdito arrodillado. Ha sido recibido cual príncipe de los condenados.

De pronto, Markus se quedó paralizado al contemplar un detalle cerca de los grilletos de la recién llegada. Escupió una vez más, esta vez sobre ella, para a continuación insultarla:

—¡Púdrete, maldita kunoichi!

Kamanu, la mujer de tierras lejanas, vestía holgada ropa de hombre que no dejaba intuir el atlético cuerpo que poseía. Era complicado determinar su edad, aunque no debía tener más del cuarto de siglo. Lucía un corte de cabello, desaliñado y corto, que podía provocar confusión en la distancia, haciéndola parecer un varón. Cuando Markus pronunció el término kunoichi, ella se miró el antebrazo de manera automática y maldijo su descuido por llevar al descubierto un misterioso tatuaje negro de extraños caracteres. Rápidamente, lo ocultó pegando el brazo al torso.

Támilos recuperaba la visión poco a poco. Mientras intentaba ponerse en pie, contemplaba la escena con cierto asombro. Había oído alguna historia sobre las kunoichi; se trataba de peligrosas mujeres miembros de los clanes orientales clandestinos. Estos grupos combatían a los señores feudales que lideraban con puño de hierro sus tierras, sometiendo a los vasallos como esclavos. Las kunoichi eran entrenadas con la misma dureza que sus compañeros masculinos, más conocidos como ninjas. Se decía que una kunoichi podía ser más letal que un grupo de ninjas, debido a su potencial para añadir a las habilidades compartidas con los varones su capacidad de seducción y persuasión. Aunque Támilos pensaba que aquella kunoichi, en particular, no parecía demasiado agraciada como para poder destacar en tales artes.

Los tres presos se encontraban en lo alto de una terraza semicircular que coronaba el edificio conocido como La aleta de tiburón. En realidad, la construcción no tenía ninguna similitud arquitectónica con dicho apéndice acuático. Se le otorgó ese nombre de manera simbólica, dado que era la parte visible de las mazmorras de Cehalium. La aleta constaba de dos plantas carentes de ventanas y no levantaba más de unos seis metros de altura, a excepción de su espigada torre anexa, recubierta casi en su

totalidad por musgo y hierbas trepadoras. Eran bastantes los condenados que habían perdido la vida arrojados desde ella, y aquel día podría sumar un nuevo preso a su funesto historial.

Ajeno a los insultos de la turba que se concentraba frente a la terraza, Támilos oteaba la ciudad de Cehalium. El horizonte quedaba oculto tras las inmensas murallas almenadas por las que deambulaban guardias. Protegidos tras los colosales muros y dispuestos de manera irregular, se acumulaban sus característicos edificios rectangulares de piedra oscurecida por la humedad. Con una amplia base y escasa altura, dotaban al perfil de la ciudad una apariencia de solidez y sobriedad, necesarias para una ciudad encargada de mantener encerrados a los criminales más peligrosos.

El griterío se incrementó cuando hizo acto de presencia un nuevo preso en la terraza. La ira se transformó en burla, crueles risas y jocosos comentarios. Un robusto hombre de mentón prominente y mirada furiosa gritaba a los guardias que lo acompañaban:

—¡Soltadme, perros! ¡Puedo moverme solo!

De edad cercana al medio centenar, con cabello canoso, ondulado, grasiento, y con algún diente de menos, no eran aquellos los detalles físicos que provocaban la mofa. Era su condición de tullido. Los muslos terminaban en sendos muñones por encima de las rodillas. Compensaban su ausencia unos brazos robustos como patas de caballo, que mostraban una fortaleza inaudita para un hombre de su edad. Demostró su potencia al revolverse entre empujones con los guardias, que salieron despedidos como trozos de cáscara de nuez recién partida. Lo habían intentado alzar en volandas por las axilas, pero Andolf se bastaba solo. De hecho, a los guardias les había costado seguir su ritmo subiendo las

escaleras de caracol. Avanzaba con sus potentes brazos a una endiablada velocidad.

Bajo la atenta vigilancia de los guardias presentes, se acercó hasta la barandilla de la terraza. No le supuso ningún esfuerzo auparse y sentar sus posaderas sobre la barandilla para mirar desafiante al público que se burlaba de él. Los ballesteros no dejaban de apuntarle sabiendo que no llegaría muy lejos si intentaba alguna maniobra de escape. Los dos guardias, que se reponían aún de los golpes y la humillación de haber sido derribados por un tullido, se preguntaban por qué no le habrían puesto los grilletes cuando tuvieron la ocasión.

Markus, el espigado marinero de tez tostada, se dirigió al recién llegado por encima del bullicio:

—¡Ey, abuelo! ¿Hace cuánto que te han metido aquí?

Andolf se giró y mientras le dedicaba un obsceno gesto, exclamó:

—¿A ti qué te importa, saco de fango sureño?!

La mujer oriental irrumpió en mitad de tan animada discusión:

—Marinero quiere saber si puede ser primero en morir por antigüedad.

El desgarbado harv, delatado y con claras muestras de enfadado, le recriminó a la kunoichi:

—¿Pero me quieres dejar en paz, casi-mujer?

Markus añadió una curiosa amenaza:

—Si hoy salimos con vida, reza porque no tengas que compartir una celda cercana a la mía. Desearás haber nacido sorda.

Luego, apostilló berreando con voz desgarrada:

—¡Eres más horrible que un pez de fondo abisal vomitando!

El marinero estalló a carcajadas con su propia burla. La kunoichi, mirándolo a los ojos sin pestañear, sentenció desafiante:

—Ninguna mujer sorda tiene que temer a hombre que ha tragado su propia lengua.

Mientras los presos seguían enzarzados en la pelea dialéctica, Andolf se había erguido estirando el cuello y, con una profunda expresión de odio, buscaba a alguien entre el gentío. Parecía querer identificar a quien hubiera proferido algún insulto especialmente hiriente. O tal vez intentaba encontrar a una persona concreta.

El pobre Támilos, rodeado de tales individuos, llegó a pensar que aquella situación no era más que una cruel pesadilla. Se visualizó despertando en su confortable cama de plumas, con un copioso desayuno que lo estaría esperando al alba para comenzar una nueva jornada en el campo. El fornido campesino no era consciente de que había dejado atrás aquel apacible estilo de vida de forma irreversible. Pese a la maldición que lo acompañaba desde su nacimiento, nunca se había imaginado convertido en uno de los habitantes más odiados por los ciudadanos de Arnemuq. Estaba a la altura de los delincuentes que lo acompañaban en la terraza, de los que aún desconocía sus delitos, pero intuía serían aterradores. Casi tanto como el suyo...

Los pensamientos de Támilos se vieron interrumpidos con la llegada del último preso. En primer lugar, apareció por las escaleras un nuevo guardia, arrastrándose de forma lastimosa con una pierna rota en una posición imposible. Intentaba emitir gritos,

pero había quedado enmudecido debido al insoportable dolor. Tras el fugaz *shock* que generó esta aparición en la terraza, dos de sus compañeros acudieron con celeridad para auxiliarle.

Instantes después, apareció un tercer guardia caminando de espaldas desde la escalera. Cautó, apuntaba con su ballesta hacia el acceso a la terraza. Se mostraba nervioso, detalle que se acentuó con su temblorosa voz:

—¡Dame un solo motivo para no apretar el gatillo! ¡Vamos, maldito loco! ¿Por qué no debería atravesarte la frente?

Ante la expectación de los presentes, Yllo accedió a la terraza rodando como un fardo tras haber sido zancadilleado con una lanza. Se trataba de un musculado y corpulento individuo de larga melena oscura y una inquietante ausencia de expresividad en su rostro. Teñía su descuidada barba la sangre que fluía desde la boca debido a los golpes que acababa de recibir. Pese a estar encadenado de manos y pies, se rehízo para quedar en pie demostrando una resistencia fuera de lo normal. Tras él, dos guardias más lo seguían a una prudencial distancia apuntando temerosos con sus lanzas la espalda del preso. Yllo se plantó delante de la saeta de la ballesta. Luego, sin perder la mirada de su portador, atrapó la punta con los dientes mientras pronunciaba con lógica dificultad:

—Os lo había avisado, nadie que ose tocarme el cuello sale indemne.

El ballestero alejó su arma del osado Yllo y, como aquel que desvela un truco de ilusionismo, le replicó:

—No voy a liberarte del castigo, asesino. Un disparo sería demasiada bondad para alguien como tú.

El último individuo en ascender desde la escalera de caracol parecía ser un importante mando en la guardia de Cehalium. Era fácil de intuir debido a la vestimenta ostentosa y recargada de símbolos militares, a su actitud propia de un líder y, sobre todo, al recibimiento que le dispensó el pueblo de Cehalium entre vítores. Kirostan, con solo una treintena de edad, era respetado por sus hombres y sus palabras eran ley en Cehalium:

—Tranquilos, muchachos, no os dejéis embaucar por estos condenados; no malgastéis el tiempo hablando con ellos. Poco que ganar...

Mirando al guardia que, entre alaridos, veía cómo sus compañeros le recolocaban la pierna fracturada, apostilló:

—Pero mucho que perder.

Acto seguido, extrajo una pequeña correa de cuero de un bolsillo y, con gran destreza, se ató una coleta en su lustrosa media melena castaña. Luego, comentó a sus hombres más cercanos:

—Acabemos rápido con esto; cada año me gusta menos.

Se subió de un felino salto a la barandilla junto a Andolf, el preso tullido, aún apuntado con tres ballestas, e irrumpió con su potente voz al gentío que le adoraba:

—¡Atención, ciudadanos de Cehalium!

Poco a poco, se fueron apagando las voces de la multitud congregada en la plaza hasta que se hizo el silencio. Kirostan comenzó su discurso; se notaba cierto aburrimiento y mecanicismo al pregonarlo, no en vano eran las mismas palabras año tras año:

—Bienvenidos una vez más al día de La Llave de Hielo...

En ese momento, los asistentes que se encontraban frente a la terraza comenzaron a chillar presa de la emoción y a dar palmas dejando escapar algún grito cargado de rabia:

—¡Muerte a los asesinos!

El capitán sobreactuó gesticulando con las manos para solicitar silencio. Kirostan creía en el ajusticiamiento de los presos de Khelek, pero no estaba tan de acuerdo con la fiesta que se generaba en torno a la ejecución. Sin embargo, debía respetar el popular rito.

—Con la llegada del primer día del invierno, y siguiendo nuestra ancestral tradición, debemos consultar si alguno de los presentes desea liberar a estos presos de Khelek. En caso contrario...

De nuevo, los aplausos y gritos de la enfervorecida muchedumbre interrumpieron al capitán, que resoplaba hastiado. Aprovechando el paréntesis, Markus, el marinero, preguntó presa de la ansiedad:

—Capitán, venga, ¡díganos quién es el veterano del grupo!

El aludido intentaba de nuevo calmar a la multitud para seguir con el discurso y, sin girarse en ningún momento hacia los condenados, afirmó:

—El campesino.

Tras escuchar la respuesta, Támilos comprendió que su hora había llegado. Con una alta probabilidad, sería el más votado por el pueblo para ser ejecutado, pero, si cupiera cualquier atisbo de duda en forma de empate, él sería el condenado. No pudo evitar que algunas lágrimas le recorrieran el rostro mientras recordaba etapas

de su niñez donde había sido un chico feliz rodeado de buena gente. Támilos había gozado de una infancia sencilla, pese a su maldición, que no llegó a ser peligrosa hasta la adolescencia.

Markus, eufórico, le maldijo con el tono de voz de un socarrón brujo que lanza un maligno hechizo:

—¡Yo te transformo en un puerco alado para planear sobre las rocas!

Kirostan suspiró indignado mirando de soslayo al petrificado campesino. El capitán prosiguió su discurso ante el silencio de su público:

—Y ahora, por favor, siguiendo con el protocolo, si alguien desea liberar a cualquiera de los presos, ¡que ices la bandera correspondiente!

En medio de la plaza, donde se congregaba la multitud y protegido por dos guardias, se alzaba sobre una tarima un sencillo mecanismo de poleas, cuerdas y astas desde donde se podían izar hasta diez banderolas. Los más jóvenes ni siquiera conocían bien en qué consistían las normas. El primer paso era la asignación de los diez colores de las banderolas a cada uno de los reos. En el supuesto caso de que se quisiera liberar a algún preso concreto, había que elevar la bandera correspondiente. Como era habitual, si nadie pagaba por subir una bandera, se daba paso a la votación popular y esta llevaba, de forma irremediable, a la ejecución final. Con posterioridad, se celebraba una gran fiesta en la ciudad donde el alcohol corría a espuestas y se daba rienda suelta a todo tipo de excesos, dentro de los límites que marcaban las reglas de la ciudad. Quizás el día de la Llave de Hielo era tan celebrado por los habitantes de Cehalium porque, acostumbrados a vivir en una

ciudad donde las normas eran estrictas y la seguridad absoluta prioridad, los guardias se mostraban permisivos con ciertas actividades al borde de la ley.

Ni el intenso enfado del capitán, incapaz de continuar debido a las interrupciones, ni las amenazas de los guardias hacían callar al público, que coreaban amenazas al campesino. La kunoichi Kamanu y el fornido Yllo contemplaban inmutables la escena, en contraste con la satisfacción manifiesta de Markus y la profunda tristeza de Támilos.

Andolf, aún escudriñando cada detalle de la plaza con su mirada, fue el primero en percatarse del insólito hecho que acabaría marcando la historia de Arnemuq. Al verlo, abrió los ojos como platos, se incorporó sobre sus muñones como un resorte y, atónito, exclamó mirando hacia la plaza:

—Me parece que algún bromista quiere correr la misma suerte que el campesino.

Kirostan escuchó las palabras del preso y suspiró pensando que el día se le iba a hacer más largo de lo esperado. Sin embargo, el enfado fue sustituido por la sorpresa. Alguien accionaba el mecanismo de una de las poleas de la plaza. Támilos y el resto de los individuos que llenaban la terraza, guardia lesionado inclusive, miraban incrédulos la escena. De manera paulatina, el resto de la multitud congregada en la plaza se fue quedando en silencio mientras contemplaron cómo ascendía, con lentitud y un intermitente chirriar, una banderola roja. El color que le había sido asignado al campesino.

El capitán no daba crédito, más cuando pudo apreciar que quien estaba izando la bandera era uno de sus propios guardias. Sin

embargo, lo más inaudito estaba por llegar. La sorpresa fue tal que a uno de los boquiabiertos guardias de la terraza se le cayó la lanza de las manos mientras contemplaba la plaza; a nadie cercano al soldado pareció importarle. La atención estaba puesta en el siguiente acontecimiento: los presentes vieron que se izaba una segunda banderola, esta amarilla. La polea estaba siendo accionada por otro de los guardias que custodiaban el mecanismo. Nadie entendía qué significaba este acto de rebelión, estupidez o mezcla de ambas. Cuando apareció un tercer guardia en el mecanismo y comenzó a accionar la polea de la bandera azul, el capitán, imperativo, se dirigió a los hombres que tenía junto a él:

—¡Dadme una ballesta!

Un soldado se la cedió al instante. Rompiendo el silencio que reinaba en esos momentos, el capitán rugió

—¡Guardias! ¡Deteneos o me veré obligado a disparar!

Los ciudadanos que se encontraban cerca del mecanismo se apartaron por miedo a que alguna saeta perdida pudiera impactar en ellos; se hizo un claro en aquella zona de la plaza. Haciendo oídos sordos, los guardias no solo no dejaron de izar las tres banderas, sino que, al terminar, comenzaron a izar dos más, la blanca y la marrón, hasta completar las cinco que en teoría ofrecían la libertad al quinteto de presos de Khelek.

Los condenados no daban crédito a lo que estaban viviendo, se estaba produciendo el único milagro que podría salvarlos de una muerte segura.

El capitán, fuera de sí, apuntó con la ballesta hacia la plaza:

—¡A mí la guardia, preparad vuestras saetas para abatir a estos insurgentes!

Justo cuando varios de sus hombres se apostaron en la barandilla para descargar la lluvia de proyectiles, uno de los soldados que había accionado el mecanismo suplicó arrodillado:

—¡Mi capitán, no es un acto de traición! ¡Alguien ha pagado!

Atónito, Kirostan levantó una mano dando la orden para detener el ataque. Realizó la pregunta que los presentes tenían en mente:

—¿Alguien ha pagado cinco monedas kurkianas?!

Los guardias amenazados levantaron ambos brazos para pedir clemencia. El más veterano respondió titubeante con miedo a la reacción de su señor:

—No, señor, no ha pagado con cinco...

Y, después de tragar saliva pensando que les iban a acribillar, añadió:

—Ha pagado con seis.

En ese momento, un anónimo ciudadano de Cehalium abandonó la muchedumbre para acercarse solitario al mecanismo, desenganchar una de las banderas aún no izadas y cambiarla por otra que extrajo de su jubón. Andolf era el único, junto con Kirostan, que entendía lo que podía suceder a continuación. El reo de prominente mentón apostó:

—Capitán, me juego lo que me queda de piernas a que es la pirámide invertida.

Kirostan no daba crédito, era un secreto al alcance de pocos. ¿Cómo Andolf conocía el significado de la bandera que estaba

siendo izada? Un triángulo negro con la punta hacia abajo, y lo más grave, ¿quién más conocía este ritual oculto durante años? ¿Por qué alguien estaba dispuesto a liberar al preso encerrado en la solitaria celda del nivel secreto más profundo y mortal?

La cima de la pirámide estaba reservada para el más peligroso de los reos de Arnemuq.

